

4-23-8-37

6A

BREVE IDEA

R/2.3 845  
19

DE LA NAVEGACION POR EL AIRE

DESDE SU ORIGEN

HASTA EL PRESENTE,

Dedicada á los que con motivo de la próxima expedicion de Doña Elisa Garnerin desde el Real Sitio del Buen-Retiro, prorumpen muy satisfechos en sendos y arrogantes desatinos, ó preguntan modestamente ¿qué viene á ser esto?

C  
001  
092  
(19)

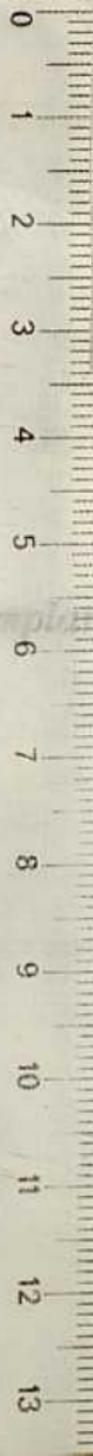


CON LICENCIA : MADRID

IMPRENTA QUE FUE DE FUENTENEbro.

AÑO DE 1818.

*rúbr* dos los *pl* s llevarán esta



El espectáculo continuo de la aves debió inspirar á los hombres desde los tiempos mas remotos , el pensamiento y el deseo de lanzarse por la vaga region del aire y de atravesarla como ellas en todas direcciones. La facilidad con que habian conseguido imitando á los peces enseñorearse dentro de las ondas , los confirmaría sin duda en tan arrojada como hermosa idea , á pesar de la consistencia tan diversa que no podian ménos de advertir entre los dos elementos. Cuando mucho despues , diestro ya el hombre en el fácil arte de nadar , logró trasportar sin fatiga sobre las espaldas de los lagos y los mares , no solo su persona , sino cargamentos de un peso y volúmen enormes ; era tambien muy natural que se le presentase frecuentemente á la imaginacion cuán ventajoso y agradable sería llevar del mismo modo por el aire su cuerpo y sus efectos.

ERRATA

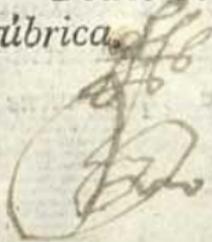
DE LA ... POR ...

...

...

...

*Todos los egemplares llevarán esta  
rúbrica.*

A handwritten signature or rubric in dark ink, consisting of several stylized, overlapping loops and flourishes.

...

...

...

El espectáculo continuo de la aves debió inspirar á los hombres desde los tiempos mas remotos , el pensamiento y el deseo de lanzarse por la vaga region del aire y de atravesarla como ellas en todas direcciones. La facilidad con que habian conseguido imitando á los peces enseñorearse dentro de las ondas , los confirmaría sin duda en tan arrojada como hermosa idea , á pesar de la consistencia tan diversa que no podian ménos de advertir entre los dos elementos. Cuando mucho despues , diestro ya el hombre en el fácil arte de nadar , logró trasportar sin fatiga sobre las espaldas de los lagos y los mares , no solo su persona , sino cargamentos de un peso y volúmen enormes ; era tambien muy natural que se le presentase frecuentemente á la imaginacion cuán ventajoso y agradable sería llevar del mismo modo por el aire su cuerpo y sus efectos.

Estas fantasías, ó al ménos la primera, fuéron sin duda desde muy antiguo objeto de sus meditaciones y de repetidas tentativas, aunque no nos haya quedado de ellas otro documento sino la empresa desgraciada de Ícaro para escaparse del famoso laberinto de Creta, en la cual seguramente se oculta mucha mas verdad de lo que el vulgo literato cree. Pero sea lo que fuese del ingenioso invento de Dédalo que costó al fin la vida á su caro é imprudente hijo, del otro vuelo ejecutado con la silla aerostática citada en algunos escritos antiquísimos, del proyecto de las bolas de cobre del Reverendo Padre Lama á fines del siglo XVII, y de los del Reverendísimo Galiani, sucesos todos de que apenas queda sino una memoria vaga y en el juicio de muchos exâgerada ó fabulosa; es lo cierto que nunca se perdió enteramente la esperanza de trasportarse por los aires como por sobre la tierra y sobre el agua, y que al fin se consiguió en gran parte, despues de probar inútilmente varios medios mecánicos, y despues de mil ensayos fi-

sicos, por los dos sábios hermanos llamados Mongolfieres.

El pueblo inmenso de París se llenó de asombro y alborozo cuando en 21 de noviembre de 1783, vió atravesar volando la Ciudad al Señor Pilatre de Rozier y al Marqués de Arland suspendidos de un globo construido á expensas de la Familia Real. El agente de esta primera memorable jornada aérea, no era mas que el mismo aire comun que respiramos, obligado á enrarecerse ó dilatarse mediante el calor de un hornillo puesto á la abertura ó boca que llevaba el balon en su extremo inferior.

Ya poco ántes de esta época se habian echado varios globos sueltos ó sin gente, contándose entre los cuatro primeros uno que se levantó desde el bosque de Bolonia junto á París, hasta confundirse con las estrellas, en celebridad del nacimiento de los Infantes gemelos de España, á presencia de los mas distinguidos personajes de aquella Corte y de los Príncipes y Embajadores estrangeros: se habia hecho final-

mente en algunos distritos una diversion trivial, aunque variada cada dia con nuevas é ingeniosas decoraciones, la de los balones entregados al viento, no solo por el medio dicho sino tambien por el gas hidrógeno, que es una especie de aire sutilísimo é inferior en peso al comun respirable desde unas nueve á trece veces. Despues de ella, animados los físicos con el feliz éxito de los primeros aeronáutas, emprendieron llevar adelante este nuevo arte de navegacion, sin que faltase en ninguno de los paises civilizados quien se arrojárá con intrepidéz sobre la esfera de las nubes y del trueno. Los nombres de Charles y Robert, de Andriani y de Lunardi resonáron con aplauso en todo el orbe culto, alcanzando los dos primeros de la munificencia de Luis XVI que decretase batir una medalla y erigir un monumento para perpetuar la ascension que habian verificado desde el jardin de las Tullerías y el nombre de los Mongolfieres inventores. Mas ninguna de estas empresas, aunque tan justamente celebradas y remunera-

das, puede parangonarse con la audacia de Blanchart, que en enero del año, 85 partió con su globo desde el castillo de Duvres y fué á parar, corriendo por cima del mar las siete leguas del canal de la Mancha, sobre la llanura de Calais; mereciendo de sus moradores envanecidos con tan extraordinaria visita, que levantasen una columna de mármol para memoria eterna del suceso.

En este estado se mantenía la navegación etérea, cuando un tío de Doña Elisa Garnerin se atrevió á hacer uso del paracaídas. Antes de su invención se veía obligado el aeroporista á regresar del viaje con la misma máquina que lo había llevado: y si bien tenía en la mano los medios de elevarla y de hacerla descender poco ó mucho, aprisa ó despacio, los de mantenerla á una misma altura por el tiempo que se le antojase, los de caminar con ella como en una carroza casi al ras del suelo, y los de arrumbarla en direcciones diversas según las varias corrientes de viento que pudiera hallar buscando

capas de aire; siempre iba expuesto al peligro de perecer si por un azar imprevisto se le destruía el globo repentinamente. Ahora lleva en su paracaídas un verdadero salvavidas que no solo le quita todo temor, sino que le da la seguridad de echar pie á tierra en el punto preciso á que se propone arribar cuando desampara el globo, ó no léjos de él aunque sople recio el viento. El paracaídas que hasta este momento se habia mantenido replegado sin causar al argonauta el menor embarazo, se descoge al desprenderse en la forma de un gran parasol, que sostenido por el aire mismo, desciende suavemente en línea perpendicular poco mas ó ménos, siendo dueñas las personas conducidas por él de retardar su marcha hasta el grado que les acomode con solo arrojar una porcion del lastre cargado á prevención en su barco.

No bien habian empezado á divulgarse las ventajas de tan precioso invento, cuando electrizados de nuevo los empresarios y fautores de la aerostática, se hizo aplicacion de él á muchas

de las ascensiones que sucesivamente se han ido realizando. Los mas ilustrés matemáticos, físicos, químicos, geógrafos y astrónomos de Europa, divisaron en este nuevo entusiasmo un inmenso campo de descubrimientos con que adelantar sus respectivas ciencias, distinguiéndose entre ellos el inmortal Laland, el profundo Biot y el esclarecido Gay-Lusac, quien ácia el año de 1804 hizo várias espediciones, surtido de una escogida coleccion de instrumentos y de un fondo de conocimientos que ningun aeronáuta habia reunido ántes de él. En la mayor de ellas se subió el 16 de setiembre de 1804 ocho mil cuatrocientas varas sobre el nivel del mar, es decir, setecientas cinco sobre la mas alta cumbre conocida que es la del Chimborazo en la gran cordillera de los Andes. Así pudo observar que el decrecimiento del calor era idéntico sobre París al que resulta por las observaciones de Humbolt bajo del ecuador, puesto que su termómetro señalaba *cero* á las cinco mil ochocientas treinta y cinco varas, y

tres grados bajo el yelo á las siete mil, mientras se mantenía dentro de París á los veinte y cuatro de Romur. El límite inferior de las nubes lo encontró, como debajo la equinoccial, durante el estío á unas mil cuatrocientas varas sobre dicho nivel. El Higrómetro le señaló á las seis mil ciento cincuenta y ocho varas, veinte y cinco y medio grados, que es la sequedad mayor á que se ha espuesto jamás mortal ninguno. El ambiente se presentó al insigne navegante en uno de sus viajes lleno de vapores por todos lados y de un color amortiguado; pero en otro de ellos observó el cielo de un azul el mas puro y comparable en intensidad al llamado de prusia por la parte del Zenit, marcándole el Cianómetro los mismos cuarenta y seis grados que marcó á Humbolt en la cumbre mas empinada de los Andes. La virtud ó fuerza magnética se le manifestó á las siete mil varas, enteramente igual á la que se nota sobre la superficie de la tierra cuando no la modifican causas locales. El aire que se

trajo consigo de aquellas etéreas mansiones, dió sujeto á la analisis, los mismos veinte y un milésimos de oxígeno y dos de hidrógeno que el que mantiene nuestra vida por acá bajo.

Esta sucinta reseña no descubre sin embargo mas que un pequeño ángulo del vasto teatro que la navegacion aérea tiene abierto al genio y la constancia de los investigadores de la naturaleza. Llegará un día, y no está lejos, en que fijando el hombre su osada planta sobre el imperio inmenso del águila, le calculará esta reina de las aves los límites en que se circunscribe su vuelo magestuoso, y partiendo de ellos señale la escala de alturas á que suelen remontarse cada una de las especies en la brillante familia de los volátiles.

Los médicos no se descuidarán en determinar qué partido pueden sacar para curar las dolencias de los que arrastramos sobre la superficie de la tierra, levantándonos á respirar el aire puro y leve en que flotan las nubes, cuando ya tienen bien experimentado quanto contribuyen estas cualidades en la cor-

ta porcion de atmósfera, de que hasta ahora han podido disponer para sacar airoso al arte en los apuros mas desesperados; tan lisonjeras esperanzas solo podrán ser tachadas de quiméricas por los que ignoren cuán buena salud se disfruta entre los habitantes de las montañas, con qué placer respiran, y cuán felizmente perciben cambiada su existencia, los que saliendo del fango de los valles y llanuras se encaraman, como decia el Profeta David, al monte del Señor. No perderá de vista sin embargo el profesor instruido, que semejantes fenómenos, dependientes de la menor presion y mayor pureza de la atmósfera, habrán de graduarse por el particular temperamento y estado actual de los sugetos, siendo muchos, singularmente entre los de complexion flaca, los que echan sangre por los ojos, encías y labios en pasando la altura de seis mil y setecientas varas. Acia las cuatro mil solo se experimenta subiendo ó hablando aprisa una cierta fatiga y desazon que se desvanecen completamente con un instante de descanso. Así lo han observado Sosur en los Al-

pes, Humbolt en los Andes, y en Sierra nevada Clemente, notando al paso el segundo que su caballo respiraba con sumo trabajo en las cuatro mil quinientas varas, y el tercero que á su mula puesta sobre la cima de Veleta la ostigaba tambien un huelgo ó resuello difícil y penoso.

Las ganancias que el comercio sacaria de esta navegacion, una vez resuelto el problema de dirigirla los pilotos por los rumbos que mas les acomodasen, son demasiado obvias para quien considere que es por su naturaleza mucho ménos peligrosa que la del Océano, que los buques aéreos han llegado á andar en una hora mas de quince leguas, y que son susceptibles de un casco ó capacidad indefinida. ¿Y cuáles serán cuando llegue á descubrirse un gas no inflamable, mucho mas ligero que el hidrógeno, cual los recientes progresos de la Química nos lo permiten esperar? ¿Y qué no podrá intentar la mecánica contando con un punto de apoyo trasladable á voluntad á los parages de la atmósfera donde mas con-

venga? ¿Con un punto de apoyo, repi-  
to, cual lo deseaba Arquimedes y muy  
parecido al que echaba de ménos nues-  
tro Alonso el sábio para conmovér el  
mundo que habitamos y los demas pla-  
netas?

El proyecto de volar el hombre, to-  
mando esta espresion en un sentido ri-  
guroso, ya no podrá aparecer ridículo  
de hoy mas; pues es bien claro que re-  
partiéndole por el cuerpo la misma  
cantidad de gas que basta á mantener-  
lo suspenso unido con el globo, se lo-  
graria completamente el mismo resul-  
tado sin el auxilio de éste. Toda la di-  
ficultad consistiria en encontrar un te-  
jido, piel ó membrana bien consistente,  
y absolutamente impermeable al gas. Se  
tomaria de éste la porcion indispensa-  
ble para sostenerlo, al ménos en equi-  
librio con la atmósfera: se henchiria con  
él una especie de vestido doble ó á do-  
ble tela que no diese al gas por sus cos-  
turas la menor salida, guarnecido en  
caso necesario de otras cavidades ó es-  
pecie de vejigas que se llenarian tam-  
bien de gas, y acomodado al cuerpo de

manera que no impidiese el libre movimiento de las piernas, brazos y cabeza. En esta situación seria arrebatado el hombre á las regiones superiores sin poner nada de su parte, con una celeridad proporcionada á la cantidad del gas de que hubiera querido revestirse; no de otra manera que un cuero lleno de aire, un leño ó cualquiera otra materia leve colocados en el fondo de un estanque, se apresuran á buscar la superficie, apenas se les deja en libertad. Para bajar cuando mejor le pareciese al hombre volador le bastaria destapar algunas vejigas de las que servian de apéndices á su ropage, en términos de quedar muy poco mas pesado específicamente que el fluido aereo, y valiéndose, especialmente en un apuro ó azar impensado, de un pequeño parasol ó paracaídas manual. Para guiar su vuelo ácia el término que mejor le pluguiese armaria sus brazos, que hemos supuesto libres, con plumas ú otro material análogo; los cuales siendo ya en este caso unas verdaderas alas, pues no son las alas de las aves, sino unos brazos provistos de

plumage, le aprovecharian manejándolos con la destreza que la práctica le enseñaria muy pronto, como aprovechan las suyas á los pájaros, al pez las aletas y los mismos miembros desnudos al nadador ejercitado. No debemos disimular sin embargo que en cuanto al arrumbamiento ó direccion podria tropezar con un obstáculo tal vez invencible, caminando opuesto al viento cuando soplase fuerte, á causa de la superficie demasiado voluminosa de su cuerpo, contra la cual haria empuje la corriente del aire.

La variedad y magnificencia de espectáculos nunca vistos ni soñados, á que daria lugar tan prodigiosa multitud de invenciones, derivadas todas del sencillo pensamiento de Mongolfier, se ofrecen muy de vulto á la imaginacion mas apagada para que nos detengamos á estender su detalle.

Quando piensa uno en la infinidad de aplicaciones que se agolpan al entendimiento ménos discursivo, y están todavía por intentar en el descubrimiento fecundo de que tratamos, no

puede ménos de estrañar por de pronto los pocos pasos que tiene andados ácia su perfeccion. Pero si reflexionamos, cuan dispendiosas son las esperiencias de este género, que la primera idea de él se puso en planta el año de 1783; si comparamos además el corto periodo de treinta y cinco años escasos que desde entónces han trascurrido, con el que tardaron otros inventos ménos singulares, el de la navegacion acuática, por ejemplo, para llegar al punto en que los admiramos actualmente, será preciso confesar que la marina aérea ha corrido en realidad con paso agigantado, y ha de avanzar forzosamente, tal vez en nuestros dias, hasta un grado de primor y de utilidad pública; que en este momento acaso pareciera temerario presagiarla á los hombres adocenados.

El buque aéreo de Madama Garnier, aunque muy distante del refinamiento bosquejado, es en su clase la máquina mas completa ejecutada hasta ahora. Su globo, aunque de ningún modo comparable por la capa-

cidad con el famoso de Leon, que contiene mas de medio millon de pies cúbicos, es no obstante de un volúmen considerable; puesto que no bajará de diez mil pies el todo de su calibre ó cavidad y de 1200 varas la tela empleada en él. Atendida la duracion del viage, la magnitud del globo mismo, la firmeza de la red que lo refuerza especialmente por arriba, donde son las mallas mas estrechas, y la triple tela que lo consolida tambien por lo mas alto, bastaba que fuese esta un simple tafetan como lo es en efecto, obstruidos sus poros con un barniz de aceite de linaza y agua ras que sin perjudicar a su flexibilidad impida la salida del gas. El costo solo de la red y el balon, que ha sido preciso construir nuevos en Madrid, escede con todo á la suma de 50.000 reales.

El paracaídas se compone del tafetan ó especie de parasol, cuya superficie ó área pasa de 148 varas cuadradas, de 14 cordoncillos que parten á iguales distancias de su circunferencia, y pueden sostener el peso de 80 libras

cada uno, de otros 28 cordelitos mucho mas cortos que ocupan los intermedios de los mayores, sujetos á estos por una punta y al borde del parasol por la opuesta, y en fin del aro, de la cuerda maestra y del barquito.

Los cordones son sumamente flexíbles como conviene para que se presen al desarrollo de la tela, y tan delgados que á corto trecho ya no se divisan, apareciendo así el aeronauta independiente del parasol que lo corona á lo léjos como un toldo, pabellon ó dosel.

El aro en que terminan los cordones largos sirve para sujetar el barco al globo y para quebrantar los vai-venes que podria experimentar el navegante si rodeasen el barquichuelo; lográndose al mismo tiempo que su persona, cuando está muy cerca del público espectador, se deje ver enteramente, dominando la máquina sin el estorbo que ellos le causarían.

Desde el aro parten cuatro cordones cortos y mas gruesos al borde de la navecilla para afianzarla al resto del paracaídas.

Del punto mismo en que se aferan estos al aro ó cerco salen ácia arriba otros cuatro tirantes de igual fuerza, cuyas puntas enlazan con una de las de la cuerda maestra ó suspensoria, la cual continuando estirada hasta pasar por el agujero central del parasol, se incorpora allí con la tela, y doblándose inmediatamente para colar por una garrucha colocada en la base del valon ó sea en el extremo inferior de la red que lo cubre, vuelve en seguida á caer por dicho agujero hasta el fondo del canastillo donde se ata por la otra punta.

El barquichuelo reducido á una especie de canasto con reborde ó sombrero de mimbre, una vara ó poco mas de alto con otra escasa de diámetro, no es comparable de manera alguna en suntuosidad ni en amplitud con los bajeles y galerias que desde las primeras ascensiones usaron ya los aeropostas, ni ménos con el que se ideó despues en un prospecto capaz de transportar muchos viajantes y quintales, y dividido en camarotes para almacenar

los víveres, hacer las observaciones, &c. &c. Pero fuera de que un aumento de ostentacion fácil, nada conduciría á la sustancia de la cosa, está dispuesto de un modo que combina admirablemente los fines que los artistas se han propuesto en la expedicion con la seguridad del piloto, segun lo conocera cualquiera á la simple inspeccion de las estampas.

A mayor abundamiento acostumbra llevar consigo Doña Elisa una maquina ideada por su padre, por si cayere sobre un rio, sobre el mar ú otro depósito de agua. Consiste en una argolla ó collar prolongado, con su pared gruesa y hueca, compuesta de hojas de lata herméticamente soldadas. En el supuesto de necesitarla se la mete por los pies y se arroja serena en el agua, donde queda sumergida hasta los pechos, y con las manos desembarazadas para salir fuera bogando, ó esperar tranquila quien acuda á socorrerla. Semejante auxilio será casi del todo supérfluo si acierta el Señor Garnerin con el medio de hacer torcer

el camino de la máquina á discrecion de la persona embarcada en ella, durante la bajada. Aun sin él es remotísimo el riesgo en un distrito tan escaso de aguas como los alrededores de Madrid, y en general léjos del mar, tanto mas cuanto la aeroporista tendrá buen cuidado de registrar el terreno que domina antes de cortar la cuerda para no parar si no sobre un sitio bien llano y despejado. No es ménos lejano el peligro de hacerse daño cayendo sobre los edificios ó sobre los árboles, pues aun cuando tropezase con ellos, ó bien se sostendría el paracaídas enredado en las ramas ó encima del tejado y con él Doña Elisa, ó bien se resbalaría y seguiria su curso desplegado hasta arribar á tierra felizmente con su carga.

Todo el aparato del paracaídas no pesa sin embargo de su aparente complicacion arriba de ocho libras y media. Deseariamos poder informar al lector de las modificaciones que habrá hecho su inventor en el que va á servirle para bajar acompañado de una jóven en

la expedicion que poco há preparaba en París.

Con solo cortar la cuerda maestra se separa del globo el aeroporista sin sufrir el menor sacudimiento; pues el frote de ocho varas de ella que tienen que escurrirse por la polea, reprime el ímpetu de la caída con una graduacion tan escrupulosamente calculada, que cuando la cuerda acaba de salir de la garrucha ya se halla el parasol completísimamente desenvuelto con todo su cordaje tirante á mas de cincuenta pies castellanos sobre la cabeza del aeronauta.

Entre los varios motores de la máquina imaginados ó ensayados hasta ahora ha preferido el Señor Garnerin al gas hidrógeno, de que tanto se habla en el dia por el uso ventajosísimo que se empieza á hacer de él para el alumbrado. La carestia de los ácidos y de hierro convenientemente dividido, que por lo ordinario se emplean para obtenerlo, le ha obligado en Madrid á echar mano del agua comun. A este fin ha dispuesto unas calderas

cerradas con sus tubos correspondientes en que vaporizarla, y unos grandes cañones de hierro que dando paso al vaho del agua hirviendo la descompongan en los dos cuerpos elementales de que sabemos consta: á saber, el gas oxígeno que se queda dentro de los cañones solidificado con el metal, y el hidrógeno que se escapa por el otro extremo puro y libre, y es recogido inmediatamente para llenar el globo.

Aunque el lastre ha solido usarse para moderar el descenso del paracaídas, parece que el Señor Garnerin convencido de la nulidad ó cortedad de su influjo en el resultado general á que aspira, no piensa emplearlo á semejante propósito. Solo en el caso de temer cuando vaya á soltar el balon que arranque con una rapidéz escesiva, se valdrá de él para amortiguarla cargando el barquito. Entónces, siéndole preciso á la aeronauta arrojarlo ántes de abandonar el globo, se deja entender que habrá de reducirse á unos saquitos muy pequeños llenos de arena fina pa-

rà no ofender á los espectadores que pudieran hallarse debajo. Por lo demás está tan exáctamente proporcionado el vuelo ó perimetro del parasol al peso de las demás partes del paracaída y de la aeroporista, que sin emplear lastre alguno en su descenso se la verá bajar con una marcha lenta, de unos cinco pies por segundo, igual á la vista aunque progresivamente algo acelerada, y verdaderamente magestuosa, cual pintaron los poetas gentiles la de sus divinidades, cuando se dignaban visitar la tierra.

La altura á que ha de levantarse la aeronauta le será sin duda desconocida á ella misma hasta el acto de surcar por los aires. El viaje considerado en sí seria ciertamente mucho mas grandioso, si despues de haberla perdido de vista la viésemos aparecer de nuevo sobre nuestras cabezas á una elevacion asombrosa, y atravesar como Minerva ó Juno la region del rayo hasta desembarcar otra vez tranquilamente en medio del concurso. Pero para que así se verificase era menester contar con una profunda calma en el ambiente, y aun

así podría suceder muy bien que reinando por allá arriba alguna corriente de viento la trasladase á su pesar á muchas leguas de distancia, dejando así privado al público de la segunda parte del espectáculo que es la mas nueva y la de mas visualidad. Despreciando, pues, las voces vagas y contradictorias que se han esparcido entre los ignorantes, y arreglándonos al concepto que tenemos de los talentos y luces del Señor Garnerin y de su ardiente anhelo por agradar al heróico pueblo madrileño, y á lo que segun tenemos entendido ha dicho él mismo, somos de opinion que la aeroporista auxiliada de la inteligencia de su padre acertará á conciliar todos los extremos, eligiendo para subir el grado de rapidéz que juzgue mas conforme con los deseos del público, atendido el estado de la atmósfera, y elevándose de todos modos sobre el sitio del experimento ó punto de partida miéntras observe que todavía se encuentra vertical al estenso cercado del Buen-Retiro, y que se apresurará por el contrario á regresar apénas note

que el impulso del viento la aleja demasiado. En llegando este caso , el globo descargado ya de su flete y abandonado á sí mismo , ó mas bien á la merced del aire , se remontará velozmente á perder de vista , sin que reste á la espectacion otra curiosidad mas que la de saber cuanto tardó á caer , á cuantas leguas de la Corte , si entero ó con alguna avería , y el número cabal de varas de la ascension de Doña Elisa.

---

